

el infecundo suelo
brotará de virtudes ricas flores
que adornarán la frente
del sér dichoso que se eleve al cielo!

¡Llora, María, llora;
mas no ceda el amor á tus dolores
olvidando, Señora,
que Jesús en su día postrimero
te legara por Madre al mundo entero!

.....
¿Dó se encuentra aquel pueblo fementido
que en el suplicio del Señor gozaba?!
¿dó el aborto de fúrias infernales
que en horrisono coro repetido
sin piedad con escarnio le mofaba?!

¡Sonó del trueno el hórrido estampido,
y el miserable humano
que contempló con pecho empedernido
tan bárbaro tormento,
tembló cual hoja al huracan violento!

¡Tembló, infelice, y en cobarde huida
abandonó malvado
el cuerpo inanimado
del sér amante que le dió su vida!...
¡y solitaria, triste, dolorida,
dejó á la tierna Madre Inmaculada
á su inmensa aficcion abandonada!

.....
¿Por qué el nublado que siniestro ruge
no arroja en vez de rayo lava hirviente,
y acaba con el mundo delincuente
que ya medroso hasta en sus quicios cruge?!

.....
Ante ignominia tanta
desfallece mi lira,
y anúdase la voz en mi garganta...
¡Poca es la tempestad que al hombre aterra!
¡Dadle á mi brazo del poder el cetro,
y arrasará la tierra
que vil ingratitude deicida encierra!...

¡Lance la excelsa altura
con lumbre vengadora
exterminio á la indigna criatura!
¡la estirpe degradada
al polvo torne de que fué formada!

.....
¡Perdon, Señor, si mi doliente labio
en vez de gratitud pronuncia agraviol
Del Padre Eterno, entre cruel martirio,
tu plegaria bendita
perdon sin fin alcanza
para turba precita...
¡y al mirar tu pasion, en su delirio,
impotente mi sér pidió venganza!

Mas... besando tu Cruz caigo de hinojos,
inúndanse de lágrimas mis ojos,
y enternecida exclamo
con amoroso acento
en que gozo y dolor al par confundo:
¡Aquí se obró la REDENCION del mundo!

.....
— ¡Cúmplase el voto de tu amor divino!
¡borre tu sangre la ominosa culpa!
¡tu inmensa CARIDAD al mundo asombre,
y en el de escollos terrenal camino
á seguir á su Dios aprenda el hombre!

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

EL SERVIDOR LEAL.

(CUENTO ALEMAN.)

El anciano rey de unos Estados remotos fué acometido por su última enfermedad, y conociendo que iba á morir hizo llamar á su criado predilecto Juan el Leal, conocido generalmente de este modo por la fidelidad que durante toda su vida habia guardado á su señor. Llegado que fué, díjole el rey:

— Mi fiel Juan, siento que mi fin se aproxima, y en tan solemne momento lo que principalmente preocupa mi ánimo es la suerte de mi hijo. Le dejo bien jóven todavía, y no es posible por lo tanto que sepa dirigirse siempre bien. Yo no moriré, pues, tranquilo sin que tú me ofrezcas velar cuidadosamente por él, instruirle en todo aquello que es conveniente que sepa, y de ser, en fin, para él un segundo padre.

— Yo os prometo, señor, respondió Juan, no abandonarle nunca: le serviré fielmente aunque arriesgara en ello la vida.

— Entónces ya puedo morir tranquilo, dijo el anciano rey. Despues de mi muerte le enseñarás todos los departamentos de palacio, todas las cámaras, las galerías, los salones y los subterráneos, con cuantas riquezas hay encerradas en ellos. Una cosa tan sola te encarezco que le ocultes, y es la última cámara de la grande galería donde se encuentra el retrato de la princesa de la Bóveda del oro. Pon especial cuidado en que por ningun motivo penetre allí, porque si él ve aquel cuadro se sentirá poseido de un amor irresistible que le expondrá á grandes peligros.

El fiel servidor reiteró sus promesas, y tranquilo por esta parte el anciano monarca, murmura una santa oracion, deja caer la cabeza sobre la almohada, y espira.

Acabadas las reales exequias, Juan refiere al jóven sucesor lo que habia ofrecido al rey su padre en el lecho mortuorio, acabando con estas palabras:

— Yo guardaré fielmente lo prometido, guardando á V. M. la misma fidelidad que á vuestro padre, aunque en ello me fuera la vida.

Así que hubo pasado el luto rigoroso, dijo Juan al rey:

—Tiempo es ya de que conozca V. M. su herencia: cuando determineis podré enseñaros el palacio de vuestro padre.

Y habiéndole contestado el rey que sin demora, él le condujo por todos los aposentos de arriba abajo, y le mostró las inmensas riquezas y preciosidades del arte y de la naturaleza que contenían, reservando tan sólo la cámara donde se encontraba el peligroso retrato, el cual se hallaba colocado de tal suerte, que en cuanto se abría la puerta se le descubría desde luego, y era de tan gran mérito y se hallaba tan diestramente pintado, que parecía estar realmente vivo y que respiraba, no siendo fácil hallar en el mundo cosa más bella ni de semejante atractivo. No pasó para el buen rey desapercibida la afectada indiferencia con que el fiel servidor pasaba siempre por delante de aquella puerta sin abrirla; así es que acabó por preguntarle la razón de ello.

—Es, respondió Juan, porque dentro de esa cámara hay algo que os podría infundir pavora.

—He recorrido ya todo el palacio, contestó el rey, y quiero saber por mis propios ojos qué es lo que aquí dentro se encierra; y no bien terminadas estas palabras, comenzó él mismo á hacer esfuerzos para franquear la entrada.

El fiel Juan procuró, sin embargo, contenerle, á cuyo efecto le dijo:

—Señor, yo prometí al rey vuestro padre en su lecho de muerte, no consentir que V. M. entrase en este aposento, de lo cual podrían sobrevenir grandes males, tanto para V. M. como para mí propio.

—La desgracia mayor que puede acontecerme, es que mi curiosidad no sea al punto satisfecha; no tendré ya reposo sin que mis ojos hayan visto aquello que se me ha vedado: así, pues, no pienso moverme de aquí hasta que me abras esa puerta.

El buen Juan, viendo que no había medio de oponerse, con el corazón oprimido y lanzando suspiros profundos, buscó en el manajo la llave. Tardaba en dar con ella: su mano temblaba, pero era preciso; el rey daba muestras vivas de impaciencia, y al fin la llave pareció. Cuando la puerta estuvo abierta, entró primero él, cuidando de tapar el retrato con su cuerpo; mas fué una precaución inútil, por cuanto el rey, empujándose sobre la punta de sus pies, le descubrió por encima de los hombros de su súbdito.

No bien hubo fijado sus absortos ojos ante aquella imagen de mujer, tan hermosa, y tan refulgente de oro y de pedrería, el joven monarca cayó sin sentido sobre el pavimento. El fiel Juan levantóle con la atención más exquisita, murmurando lleno de miedo:

—Al fin ocurrió la desgracia: ¡gran Dios! ¿qué es lo que nos va á sobrevenir?

En seguida hizo aspirar algunos espíritus al rey para confortarle.

La primera palabra de éste al volver en sí, fué preguntar de quién era aquel hermosísimo retrato.

—De la princesa de la Bóveda del oro, respondióle su fiel servidor.

—Siento por ella un amor tan grande, añadió el rey, que si cuantas hojas contienen los árboles se volvieran lenguas, no bastarían para expresarle. De aquí en lo sucesivo, mi vida pende de la posesión de un objeto tan adorado; tú, mi fiel Juan, me ayudarás en la empresa; tú, que eres mi mejor servidor.

Juan reflexionó mucho tiempo, buscando el medio más conveniente para complacer á su señor, por ser negocio no poco árduo el presentarse ante los ojos de la princesa. En fin, imaginó un arbitrio, y habló al rey en los siguientes términos:

—Todo cuanto rodea á la princesa es de oro: sillas, platos, tazas, vasos, pabellones, alfombras, y muebles, en fin, de toda clase. Teneis, señor, en vuestro tesoro quinientos mil florines de oro: preciso es destinar una buena parte de ellos á los plateros más famosos del reino, á fin de que construyan vasos y alhajas de formas infinitas y caprichosas, como flores, pájaros, fieras, monstruos fantásticos: todo esto será muy del agrado de la princesa. Nos pondremos, pues, en camino con tan seductor equipaje, y es probable que alcancemos un éxito satisfactorio.

Acogiendo el rey entusiasmado la idea, hizo venir á su corte todos los plateros del país, los cuales trabajaron sin descanso noche y día, hasta que todo estuvo dispuesto. Cuando con la primorosa obra ejecutada llegaron á cargar un navío, Juan se vistió con un traje de comerciante, y el rey hizo otro tanto para que no fueran conocidos. En seguida levaron anclas, y á vela tendida navegaron hasta la ciudad donde moraba la princesa de la Bóveda de oro.

El fiel Juan desembarcó solo, dejando al rey en el navío.

—Tal vez, díjole al despedirse, consiga yo traer aquí á la princesa; procurad, señor, que todo se ponga en orden, que los vasos y demás preciosidades queden expuestas como si fuesen á disputar un premio, y que el navío se ponga empavesado cual si se solemnizara algún gran suceso.

Dicho lo cual, llenó su cinto de joyas de oro, y partió en derechura hácia el palacio real.

Entrando en la corte, hallóse de manos á boca con una jovencuela que sacaba agua de una fuente con dos cubos de oro; y al volverse ella para partir, se fijó con curiosidad en el extranjero, preguntándole quién era.

—Un simple mercader de joyas, respondió él; y abriendo el cinto, puso ante sus ojos su deslumbrante mercancía.

—¡Divinas alhajas! gritó la muchacha sin poderse contener; y dejando sus cantarillas en tierra, púsose á mirar y á remirar todas las joyas una por una. Y durante esta operación,

—Es preciso, decía, que la princesa vea todo esto: os lo comprará, de seguro, porque delira por los objetos de oro, y éstos son peregrinos.

Y tomándole por la mano, loca de alegría, le hizo entrar en el palacio, á cuya servidumbre pertenecía.

La princesa quedó asimismo encantada al ver las joyas, y exclamó desde luego:

—Todo lo encuentro primorosamente trabajado, y me quedo con ello.

El fiel Juan contestó con respeto y reposadamente:

—Alteza, yo no soy más que el dependiente de un rico mercader: todo cuanto he tenido el honor de mostraros, no son más que bagatelas si se comparan con otras alhajas que guarda mi señor en su navío: allí sí que podríais ver las más preciosas obras de oro que pudo jamás fabricar artífice humano.

Oyendo esto la princesa, propuso que se las llevaran á su palacio; mas Juan repuso:

—Me parece cosa muy difícil; sería menester mucho tiempo y mayor espacio que este, porque el palacio todo apenas bastará para contener tan grande tesoro. Excitada con esto doblemente la curiosidad de la princesa,

—Pues bien, se apresuró á decir: condúceme á ese navío: quiero ir á ver en persona los tesoros de tu señor.

El fiel Juan, rebosando de alegría, la conduce al navío, y al contemplarla el rey, la encuentra todavía más hermosa que su retrato: el corazón le palpitaba de júbilo. Al subir á bordo la gentil belleza, ofrecióle el rey la mano con la más exquisita galantería. En este tiempo, el fiel Juan, que se había quedado detrás, ordenó al capitán que levase anclas inmediatamente, y que emprendiese la fuga á velas tendidas. El disfrazado mercader, entre tanto, había descendido con la princesa á la cámara, y la distraía lindamente mostrándole una por una todas las piezas de sus vajillas de oro, los platos, las copas y los pájaros, las fieras y los monstruos. Así trascurrieron algunas horas, y mientras que la princesa embelesada se entretenía en examinarlo todo atentamente, no advertía que el navío se deslizaba rápidamente sobre las ondas. Después que terminó tan entretenida tarea, dió las gracias con amabilidad encantadora al fingido mercader, y se dispuso para volver á su palacio; pero así que se puso sobre el puente, reparó que se hallaba en alta mar, muy distante de la tierra, y que el navío caminaba á toda vela.

—¡Traición, traición! gritó entonces llena de espanto; ¡me llevan robada! ¡Dios de justicia! ¡haber yo caído en manos de un mercader! Preferiría mejor la muerte.

Mas el rey, tomándola una mano, la habló de esta suerte:

—No soy mercader como aparento, sino rey y de una raza no menos ilustre que la vuestra. Si os he arrebatado á los vuestros, por medio de la astucia, no lo atribuyais más que á la violencia de mi amor, siendo éste tan intenso, que al ver vuestro retrato por vez primera, caí en el suelo sin conocimiento.

Estas palabras consolaron á la princesa; su corazón fué movido por aquella pasión tan viva, y consintió por fin en desposarse con el rey.

Mientras que iban así navegando por alta mar, el fiel Juan, que se hallaba una vez sobre cubierta, distinguió en el aire tres cornejas, que vinieron á colocarse muy cerca de él. Juan, que conocía aquellas aves de mal agüero, hasta el punto de comprender su lenguaje, prestó atento oído á lo que hablaban entre sí.

—¡Y bien, decía la primera; él se lleva á la princesa de la Bóveda del oro!

—Sí, respondió la segunda; pero no es suya todavía.

—¿Cómo? replicó la tercera; ¿pues no va sentada al lado suyo?

—No importa, tornó á decir la primera; en cuanto desembarquen se presentará al rey un caballo rojo: el rey deseará montarle, y si llega á efectuarlo, el caballo se elevará con él por los aires, y no volverá jamás á saberse de su paradero.

—¿Y no le quedará remedio alguno? observó la segunda.

—Uno tan sólo, repuso la primera; el que haya otra persona que se precipite sobre el caballo, alce la tapafunda, y sacando una pistola, la dispare sobre el bruto, haciéndole caer muerto. Sólo así podrá salvarse el rey: mas ¿quién puede saber esto? Y todavía aquel que lo supiera y lo dijera, sería transformado en piedra desde los pies hasta las rodillas.

La segunda corneja dijo á su vez:

—Pues yo sé más aún: en el supuesto que el caballo caiga redondo y muera, el joven rey no poseerá por eso á su prometida. Al entrar juntos los dos en el palacio, se les presentará sobre una bandeja una magnífica camisa de novio que parecerá de tisú de oro y plata, no siendo realmente más que de resina y azufre. Si el rey se la pone, se abrasará hasta la médula de los huesos.

—¿Y no encontrará remedio alguno para eso? dijo la tercera.

—Sí, hay uno, respondió la segunda; que una persona con guantes coja la camisa y la arroje al fuego. Quemada que sea la camisa, se habrá salvado el rey. Mas ¿de qué puede aprovechar esto, si el que sabiéndolo lo revelara, quedaria convertido en piedra desde las rodillas hasta el corazón?

La tercera corneja añade:

—Todavía sé yo algo más. Aun suponiendo que la camisa quede hecha cenizas, el rey no poseerá á su novia. En el baile de la boda, cuando se halle bailando la joven reina, se desvanecerá de repente, cayendo sobre el suelo como difunta; y lo será en efecto, si no hay alguno que la levante al punto, chupándola sobre la espalda tres gotas de sangre que deberá escupir en seguida. Mas el que esto supiese y lo contase, sería convertido en piedra desde la cabeza hasta los pies.

Después de tan siniestro conciliábulo, las tres cornejas emprendieron otra vez su vuelo. El leal Juan, que no había perdido una sílaba, tornóse desde entonces meditabundo y silencioso. Callándose, preparaba la desgracia de su rey; hablando, labraba su propia ruina. En fin, en los arranques de su lealtad, solía decirse á sí mismo: «Yo salvaré á mi señor, aunque me cueste la vida.»

Al llegar el momento del desembarque, todo aconteció como la corneja lo había pronosticado. Un magnífico caballo rojo fué presentado al rey: «Muy bien, dijo éste; cabalgaré hasta palacio.» A colocar iba ya el pie dentro del

estribo, cuando Juan se lanza encima del caballo, alza una tapafunda, y sacando rápidamente de aquel sitio una pistola, tendió muerto al corcel de un solo tiro.

Los otros servidores del rey, que no miraban con buen ojo la lealtad de Juan, comenzaron á increparle y á gritar que era preciso estar loco para matar un animal tan hermoso en el momento mismo que su señor se disponía á cabalgar sobre él. El rey, sin embargo, tuvo á raya á los murmuradores, diciendo: «Callaos y dejadle hacer: es mi más leal vasallo, y sus razones tendrá para obrar de este modo.»

En esto arribaron á palacio, y en la primera sala estaba la camisa de novio, colocada sobre una bandeja, y resplandecía como si fuese de oro ó de plata. El rey iba á tomarla, cuando interponiéndose Juan de improviso y cogiéndola, con guantes puestos, la arrojó al fuego, donde se abrasó en breves instantes. Los cortesanos comenzaron de nuevo á murmurar.

— ¡Osadía sin igual! prorumpieron al fin; ¡quemar de ese modo la camisa de bodas del soberano!

Y el joven rey repetía: «Sus razones tendrá: dejadle hacer, que es mi leal.»

Celébrase la boda: dáse con este motivo un suntuoso baile en palacio, y la novia comienza á danzar. Desde este crítico momento, Juan no la perdía de vista. De pronto la acomete una congoja, y cae de espaldas como una muerta. Juan se arroja sobre ella con la presteza del relámpago, la levanta, y la conduce á su cámara. Una vez allí, la coloca con sumo cuidado en un divan, é inclinándose despues hácia su espalda, chupa en ella tres gotas de sangre, que cuida de escupir en seguida. En este instante la princesa respira y recobra el sentido; mas el joven rey, que todo lo habia visto sin poder comprender nada, enojándose fieramente esta vez contra la extraña conducta de Juan, dió rienda á la ciega pasión de su ira, y mandó que le sepultaran en una mazmorra.

Al día siguiente el leal servidor fué condenado á muerte y conducido al patíbulo. Hallándose ya sobre el afrentoso cadalso, exclamó con entera voz:

— A todo hombre que va á morir, se le permite hablar por última vez: ¿tendré yo este derecho?

— Te se concede, dijo el rey.

— Pues bien, señor, mi condena ha sido injusta, porque yo nunca he dejado de ser leal.

Entonces refirió como habia oído en alta mar la conversacion de las cornejas, y como todo cuanto habia hecho era indispensable para salvar á su señor.

— ¡Oh mi leal Juan! exclamó el rey; ¡cuán inicua mente te iba á pagar lo mucho que te debo! Ea, al punto, deja ese lugar horrible, y desciende á mis brazos.

Tardía reparacion. No habia aún acabado de hablar, cuando Juan el leal caía desplomado y sin vida. Al intentar levantarlo, vieron con espanto que se habia convertido en piedra.

El rey y la reina se abismaron en el más profundo desconsuelo.

— ¡Ay!..... sollozaba el rey; ¡qué gran lealtad y cuán mal recompensada!

Para tener siempre á la vista tragedia tan lastimosa, hizo colocar aquella estatua de piedra en su mismo dormitorio, al lado de su lecho. Cada vez que la contemplaba, repetía llorando:

— ¡Ah, mi leal amigo, que no pueda yo volverte la vida!

Al cabo de algun tiempo, la reina dió á luz dos niños gemelos que crió ella misma felizmente, y que fueron la alegría de sus padres. Cierta día que la dichosa madre se encontraba en la iglesia y que los dos tiernos vástagos jugaban en la real cámara con su padre, los ojos de éste se fijaron en la estatua, y no pudo ménos de repetir suspirando como siempre: «¡Ay, mi leal amigo!..... ¡que no pueda yo volverte la vida!»

Y aconteció lo que nunca habia sucedido hasta entonces, y fué que la estatua, tomando la palabra, le dijo:

— Bien podrias, si quisieras consagrarme aquello que te es más querido.

— Cuanto en el mundo poseo, se apresuró á contestar el rey, lo sacrificaría por tí.

— Pues bien, repuso la estatua; para que yo recobre la existencia, es necesario que cortes la cabeza á tus dos hijos y que me bañes por completo con su sangre.

El rey palidece al oír tan horrible condicion; pero pensando en la adhesión sin ejemplo de tan leal servidor, que habia dado por él su vida, luchando entre afectos encontrados desenvaina por fin su espada, y segando la cabeza de sus dos hijos, baña la estatua con su inocente sangre. En el instante mismo aquella piedra inerte se reanima, y Juan el leal aparece ante su señor vivo y animado. En seguida habló así al rey:

— El gran sacrificio que has hecho por mí, tendrá su recompensa; y tomando las cabezas de los niños las coloca sobre sus hombros, y las frota las heridas con su sangre. Ambos infantes recobraron instantáneamente su existencia, y comenzaron á saltar y jugar alegremente como si nada hubiese sucedido.

El rey estaba en el colmo de su alegría, y cuando supo que volvía la reina, hizo que se escondieran Juan y los dos niños dentro de un gran armario. Cuando entró su esposa la preguntó:

— ¿Has orado en el templo?

— Sí, respondió ella; pidiendo á Dios por Juan, tan desgraciado por causa nuestra.

— ¡Oh! ¡si supieras, esposa mia, que está en nuestro poder el devolverle la vida!

— ¡Gran Dios!.... entonces, ¿á qué esperamos?

— Pero su vida nos costará la de nuestros hijos.

La reina palidece y su corazón se oprime. Sin embargo, pudo decir con temblorosos labios:

— Bien merece tan grande sacrificio su heroica lealtad.

Encantado el rey al ver que la princesa participaba de sus mismos sentimientos, corre hácia el armario, le abre, y hace salir de él al leal Juan y á los dos niños, exclamando al propio tiempo:

— ¡Bendito sea Dios!... Él se ha librado, y nosotros tenemos nuestros hijos.

En seguida contó á su esposa cuanto habia sucedido, y la reina bendijo tambien á Dios, derramando lágrimas de ternura y estrechando contra su corazón á sus dos hijos. El rey y su leal servidor, amistosamente abrazados, completaban este grupo tan interesante.

Todos vivieron juntos hasta el fin de sus días, que fueron dilatados y felices.

(De los hermanos Grimm.)

LA ÓRDEN DE SAN JORGE Ó DE LA JARRETIERA.

Tienen fama los ingleses de ser poco rendidos con las damas; pero esto debe datar de la época en que se convirtieron en mercaderes, porque en lo antiguo no debían ser sino muy galantes, como lo atestigua la institucion de la orden de caballería titulada de San Jorge, que es la más distinguida con que se condecoran aquellos espetados isleños.

El origen que se la atribuye tiene un sabor bastante novelesco, por lo cual le ponen en cuarentena algunos doctos anticuarios; pero si por lo que encierren de romancesco hemos de rechazar las rancias tradiciones, ¿qué sería de tantos rasgos heroicos á cuya causa se atribuye la institucion de tantas órdenes de caballería? Toda la ciencia heráldica quedaría muy mal parada en este caso.

Veamos, pues, cómo la galantería fué el verdadero motivo de la fundacion. Cuéntase que el rey de Inglaterra Eduardo III profesaba grande aficion á la condesa de Salisbury, hermosísima dama de su corte; celebrábase en el palacio de Lóndres, allá por el año de 1335, un baile brillantísimo. El rey danzaba con la condesa, y hubo de ocurrirle á la desventurada que en una de las vueltas se la desprendiese una liga y cayese en el suelo, percance en que se fijaron con atencion todos los concurrentes. Eduardo III notólo asimismo en el instante, y alzó la liga del suelo con la mayor galantería, y la retuvo para sí, accion que dió lugar á muchas habillitas de la corte.

Enojóse el rey grandemente cuando de ellas tuvo noticia, y para desagravio de la condesa, al mismo tiempo que como alarde público de la pureza de su intencion contra las maliciosas interpretaciones de damas y caballeros, instituyó la orden de San Jorge, patron de Inglaterra. Llamóse caballeros de la Jarretiera (es decir, de la Liga) á los que ingresaran en dicha orden, en conmemoracion de la aventura, y porque su principal distintivo consiste en una liga azul que se cife sobre el calzon á la pierna izquierda.

D. Francisco de Bances y Candamo, excelente autor dramático español del siglo xvii, compuso sobre este asunto una comedia, que ha sido representada infinitas veces bajo el título de *Cuál es el mayor aprecio del descuido de una dama, ó la Jarretiera*.

El mote de tan singular divisa es bien conocido: *Honné soit qui mal y pense*, sea infame quien piense mal de esto. Para aquellas de nuestras lectoras que extrañen el empleo de palabras francesas en un emblema inglés, no estará de más el consignar aquí que por aquellos remotos tiempos era el idioma francés el lenguaje de la corte de Inglaterra.

Ser caballero de la Jarretiera, se tiene por distincion nobilísima. El jefe soberano de la orden es el mismo rey. Compónese de veinticinco caballeros, y cuenta además catorce miembros titulados canónigos seculares. Los príncipes de sangre real son caballeros natos de esta orden; los demás se nombran por el rey.

El juramento de los caballeros hacíase en otras épocas con verdadera pompa régia; pero en la actualidad la mayor parte de tan brillantes ceremonias ha caído en desuso. Todavía, sin embargo, la recepcion y juramento de un caballero tiene algo de singular y ostentoso, que contrasta ciertamente con el actual espíritu comercial de la nacion inglesa.

Por el mismo tiempo, en 1330, Alfonso XI, rey de Castilla y de Leon, instituyó entre nosotros la famosa orden de los caballeros de la *Banda*, extinguida hace ya muchos años.

J. MORAN.

LA PASION.

HIMNO SAGRADO.

(TRADUCIDO DE MANZONI.)

Temerosos del ira futura,
Graves hoy hácia el templo marchemos
Como gente que oyó desventura
Pavorosa de pronto anunciar.
No á escuchar la campana aguardemos;
Enmudece ante el rito luctuoso:
Como dama que llora al esposo,
Tal se viste ya viudo el altar.

Cesa el himno y misterios sagrados
En que baja por místicas vías,
Bajo sombra de velos mudados,
La Hostia viva de paz y de amor.
Se oye un canto: el ferviente Isaias
Profirió tan sagrado lamento
Cuando su alma fatídico aliento
Agitaba con santo pavor.

¿De quién hablas, oh hebreo profeta?
¿Quién es ese que á Dios presentado
Brotará como tallo en escueta
Tierra, léjos de fuente vital?